

MAR PETRYK

EL

HAY SONRISAS

PECADOR

CAPACES

DE

DE MATAR

OXFORD

CROSS
BOOKS

wattpad**autora**

MAR PETRYK

EL

HAY SONRISAS

PECADOR

CAPACES

DE

DE MATAR

OXFORD



CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Mariana Janet Petrykiewicz, 2022
© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
© Editorial Planeta S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: julio de 2022
ISBN: 978-84-08-26048-6
Depósito legal: B. 10.616-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

FELIZ ANIVERSARIO

La lluvia es un sollozo angustiado, las lágrimas golpean la ventana.
 —¿Eric? —Sus ojos vuelven a mí—. ¿Puedo ver lo que dibujaste?
 Mira los lápices de colores que dejé a su lado, sobre el sofá, y acaricia la hoja.

—¿Eric?

Su respiración se vuelve ligeramente pesada, la transpiración comienza a pegarle el cabello rubio a las sienes, su pie se mueve a un ritmo frenético.

—No... —masculla con voz grave.

—¿Eric? —hablo suave.

Inhala profundo y gira el cuello haciendo tronar sus huesos.

—¿Con quién estoy hablando?

—Joel.

Destapo la pluma que descansa entre mis dedos, la apoyo con firmeza sobre la libreta. Respiro con suavidad, intentando no pensar qué día es hoy. Tengo que concentrarme.

—¿Por qué estás tomando el mando, Joel?

Una risa fresca, un derroche de egocentrismo.

—¿Quiere a Eric más que a mí, doctora? —Tira la hoja y los lápices sobre la mesa de centro, se desabrocha algunos botones de la camisa y se deja caer sobre el respaldo.

—¿Algo te está molestando, Joel?

—Puf... —Suelta el aire, hace rodar sus ojos.

—Quiero que me digas qué te está molestando, Joel.

—Daniel.

—¿Daniel?

—Tiene que deshacerse de Betty.

Mi pluma traza un círculo alrededor de *Betty*.

—¿Deshacerse? ¿Cuál es el problema con Betty, Joel?

—Ella no nos entenderá.

—¿A quiénes?

—A todos. Va a dejarlo cuando conozca a cualquiera de nosotros y tendré que soportar las lágrimas del maricón. —La seriedad se adueña de su rostro—. A veces desearía que Daniel fuera más... fuerte. ¡Que me hiciera caso! Sé qué es lo mejor para nosotros. Lo sé.

Mis labios se abren, dejando escapar el aire apaciblemente. Afuera, la tormenta grita con fuerza, casi con tanta como aquella mente vulnerada entierra sus uñas en el sillón.

—¿Qué es lo mejor, Joel? ¿Qué es lo mejor para ustedes?

Un impulso violento dobla su cuerpo.

—¿Joel? —Imprimo calma en el tono de mi voz, en mi postura—. ¿Joel?

Abraza sus piernas y oculta la cabeza en ellas, meciéndose hacia delante y atrás.

—Mi cabeza... Mi cabeza duele muchísimo, doctora Brown. Ya no lo soporto.

—¿Eres tú, Daniel?

—Ya no lo soporto. Ya no lo soporto. Ya no lo soporto...



Troto, aunque estoy empapada. Me siento y cierro la puerta con furia.

—¿Qué le hizo la puerta, doctora?

Apoyo la cabeza en el respaldo, respiro por primera vez desde que amaneció.

—¿Un mal día?

Recobro la compostura, me siento derecha y abrocho el cinturón de seguridad.

—Una sesión intensa.

Pone el auto en marcha. El clima viste a juego con mi ánimo.

—¿Quieres contarme?

—Sabes que no puedo hablar de mis pacientes, Matt.

—¿Ni siquiera conmigo? —Me guiña un ojo zafiro—. En el cuerpo de policía estamos acostumbrados a la discreción, también es parte de nuestro trabajo.

—Podría contártelo si fuera una investigación y me llamaras como consultora, pero este no es el caso.

Sonríe, metiéndonos en el tránsito.

—Necesitas sacar toda esa tensión.

—Necesito llegar a casa, servirme una copa de vino y golpear mi saco de box por algunas horas.

—Iba a proponer algo donde el sudor fuera compartido...

—Hoy no, Matt. Hoy solo necesito entrenar un poco.

—¿Puedo ser espectador? Sabes cuánto me excita verte patear culos.

Niego. Miro por la ventana, la gente ajena a *esta* fecha; desearía tanto que solo fuera un día más en el calendario.

—Kalie, ¿es solo eso? ¿Solo un mal día? Puedes confiar en mí, lo sabes... ¿Kalie?

—Todo está bien, Matt. Nada que no pueda arreglarse con una buena noche de sueño.

El semáforo nos detiene, la visibilidad es menor a un kilómetro.

—Maldita niebla —masculla, limpiando el parabrisas.

—Odio la lluvia y los días nublados.

—Te mudaste a la ciudad equivocada, cielo.

—Me encanta Londres, solo... detesto la lluvia.

Costeamos Hyde Park y me preparo para bajar.

—¿Cenamos el viernes? —pregunta cuando estaciona frente al edificio donde vivo desde que soy Kalie. Kalie Brown.

—Déjame ver la agenda, te enviaré un mensaje.

Lo beso, tomo el maletín y abro la puerta.

—¿Beso en la mejilla? —Se inclina sobre el asiento del copiloto, dedicándome su sonrisa seductora—. ¿Hoy no hay nada más para mí?

Sonrío, siento cómo la lluvia pega la falda a mis piernas.

—Gracias por traerme, Matt. Descansa.

Maldigo a los estúpidos zapatos de taco aguja mientras corro bajo la tormenta, hasta que el calor del vestíbulo me recibe.

—Señorita Brown, ¿se olvidó el paraguas? —García, el conserje, pide el ascensor cuando me ve llegar. Es un cincuentón de la vieja escuela, caballero y atento.

—Esto pasa cuando sales de casa sin abrir la ventana primero.
—Me encojo de hombros cuando subo al elevador, me doy cuenta de que dejé un charco a cada paso.

—Buenas noches, señorita Brown. —Me sonrío y le devuelvo el gesto.

—Buenas noches, García.

Giro mi cuello mientras comienzo a subir, siento la tensión en cada movimiento. Bajo en el sexto piso, camino hasta el departamento B, abro las tres cerraduras y entro.

Enciendo un velador, ese que da la luz cálida que tanto me gusta.

Mis tacos suenan en el piso de madera hasta que los abandono de camino a la cocina. Me quito el traje empapado, anoto mentalmente llevarlo a la tintorería. Abro el aparador, saco una copa y aquella botella de vino argentino que reservo para días de mierda como este. Sirvo la copa hasta la mitad, a pesar de que sé que terminaré bebiendo del pico de ese cabernet sauvignon, cortesía del último viaje de mi hermano.

Camino descalza, en ropa interior y copa en mano. Me dejo caer sobre el sofá beige que domina la sala.

—Freud, mamá está en casa... ¿No vas a venir a recibirme? —Respiro silencio—. Gato gordo y antipático —susurro.

El elixir desaparece dejando mil demonios bailando en el borde de la copa.

Me levanto, dejo la copa sobre la mesa baja y camino hasta la habitación, el cuarto más grande del departamento. Freud está desparramado sobre mi cama.

—¿Un día muy duro? —Acaricio su pelaje gris y me responde con un ronroneo gustoso—. Voy a hacer un poco de ruido aquí, espero no molestarlo, señor Sigmund.

Enciendo el equipo de música, Rammstein comienza a sonar.

Ato mi cabello corto en una maraña de rulos rubios muy parecida a un moño bajo. Abro el armario, busco una calza y un corpiño deportivo, y me cambio. Encinto mis manos con paciencia y precisión, observo a Freud abandonarme. Es inteligente, sabe que vienen los gritos.

Camino hasta la bolsa de box, que cuelga del techo en una esquina de mi cuarto, y comienzo a golpear. Golpes cortos, calculados.

Siento la adrenalina en los músculos, el grito gestándose en mi garganta, nutriéndose de todos mis miedos.

Dos *uppercut*, una *low kick*, y estalla. Lo dejo salir y desgarrar mi garganta mientras golpeo esa bolsa una y otra vez con todo lo que fui, con todo lo que soy, hasta que mis nudillos duelen.

Una gota fría recorre mi espalda. Me dejo caer exhausta, deslizándome contra la pared, y me permito hacer lo que hago todos los diecisiete de junio, llorar hasta que el cuerpo diga basta.

Dejo el suelo cuando siento la nariz tan tapada que apenas puedo respirar. Apago la música, ya no necesito que amortigüe mis gritos.

Camino el pasillo a oscuras, llego a la cocina y me encariño con aquella botella quita penas.

Tres golpes secos suenan en el silencio.

Apoyo el vino sobre la isla mientras una extraña sensación me adormece el cuerpo. Este es el único departamento habitado del sexto piso. Nadie, jamás, toca mi puerta. Si García necesita algo, me lo comunica a través del portero eléctrico.

Lucho contra aquella emoción, atravieso la sala con pasos mudos. Freud me mira desde el sofá, atento a mis movimientos.

Observo por la mirilla de la puerta con el pulso latiéndome detrás de los oídos.

Nadie. No hay nadie.

Aguardo un instante con la mano aferrada al picaporte.

Silencio tenso y asfixiante.

Espero un poco más.

Abro.

Miro hacia los lados, el pasillo me devuelve la mirada vacía. Dejo escapar el aire que retuve sin darme cuenta. Estoy a punto de cerrar cuando lo veo. Un paquete. Una caja en el suelo.

Los dedos de mis pies se retuercen.

Levanto la caja, miro hacia los lados otra vez. Entro, cierro con llave y llevo el paquete a la cocina. Lo dejo sobre la mesa y me alejo. Lo observo a la distancia, pensando qué será, de quién será. Una idea fugaz llega a mi mente.

Frank, el joven músico del quinto piso, que no pierde oportunidad para buscarme conversación. Cuando el ascensor no funciona y bajo o subo por las escaleras, ahí está él. Cuando espero un taxi, ahí está él. Cuando lo cruzo en el vestíbulo, siempre intenta coquetear conmigo, sin importar mis amables rechazos.

Me acerco al portero eléctrico y aprieto el botón que me comunica directamente con el departamento de García.

—Diga —atiende con su tono afable de siempre.

—García, soy Kalie. Disculpe que lo moleste tan tarde, pero necesito hacerle una consulta —digo, sin dejar de mirar el paquete sobre la mesa.

—Señorita Brown, no es molestia. ¿Qué necesita?

—¿Alguien dejó un paquete para mí hoy? ¿De casualidad... usted acaba de dejarlo en mi puerta?

—No recibí ningún paquete hoy, señorita Brown. Solo cartas, y las reparto mañana.

Mi garganta se seca, mis ojos recorren la estancia.

—Gracias, García. Disculpe la molestia.

—Que descanse, señorita.

—Igualmente.

Me apoyo contra la pared sin dejar de observar la pequeña caja. Siguiendo el jodido impulso me acerco a la isla. Inspecciono el paquete a detalle. No hay tarjetas ni estampillas, nada. Solo una caja de cartón. La llevo a mi oído, nada suena dentro. La muevo un poco, pero es tan liviana que parece estar vacía.

Inhalo profundo y, a pesar del temblor de mis manos, la abro.

Un pequeño ramo de flores de lavanda.

Mis piernas se vuelven gelatina.

Las flores resbalan de mis manos.

Lágrimas comienzan a caer calientes y pesadas.

Allí, en el suelo, el mismo arreglo floral que un día como hoy, cinco años atrás, adornaba mis manos mientras daba el *sí* y le juraba amor eterno al más salvaje de los monstruos.

Corro en busca de mi celular y vuelvo a mirar por la mirilla mientras espero a que mi hermano responda.

Uno.

El pasillo vacío.

Dos.

Mi cabeza da vueltas.

Tres.

—Isabelle, ¿cómo estás?

—Creo que empezó otra vez.

SU SOMBRA

Gael

Su sangre entibia mis manos, siento cómo sus latidos se debilitan. Es mi propio corazón el que está muriendo esta noche.

—No hables. Voy a conseguir ayuda, todo va a estar bien.

Su esencia mancha la sonrisa que intenta regalarme, noto cómo el pánico humedece sus ojos.

Una explosión hace vibrar la tierra y cubro su cuerpo con el mío.

—Está bien —susurra, con su último aliento, intentando aferrarse a mi chaleco antibalas—. Yo elegí esto, yo elegí... Eres un buen hombre. Buen hombre. Cuídalas.

El sonido se filtra en la pesadilla mostrándome un destello de realidad. Me aferro a él porque necesito despertar. Agarro el celular antes de que suene el segundo tono y me apoyo en el respaldo de la cama. Odio tener el sueño tan liviano.

Odio las putas pesadillas.

—Diga.

—Tengo un trabajo para ti.

—¿Estella? —Miro de reojo el reloj despertador sobre la mesa de luz, me limpio el sudor con la camiseta—. Son las dos de la mañana.

—En la agencia no hay horarios, Gael. ¿Tienes tu computadora encendida?

Resoplo, me levanto.

—No, estaba durmiendo como una persona normal. Dame un minuto.

—Los dos sabemos que no eres una persona normal.

Me siento en el escritorio, enciendo la *notebook*.

—Ponme al tanto.

La escucho tipear con rapidez.

—Isabelle Brown, mejor conocida como Isabelle Jones, se hace llamar Kalie desde que se mudó de Oxfordshire al centro de Londres hace tres años. Exesposa de Aaron Jones, el famoso Pecador de Oxford, asesino serial y líder de culto que cumple cadena perpetua en el su-deste de Inglaterra, en el condado de Surrey, específicamente —informa y mi sangre se congela—. Estoy enviándote su expediente ahora mismo. Para resumir, la doctora Brown recibió un misterioso paquete en su casa. Está segura de que se trata del señor Jones por el contenido del mismo, un ramo de lavanda, las flores que vistieron su boda —dice con profesionalismo y energía—. Cree que es una especie de mensaje, que está intentando contactar con ella otra vez a través de sus fanáticos. El señor Nicholas Brown, hermano de la señorita Isabelle, contactó a la agencia hace media hora y quiere a mi mejor hombre para que sea la sombra de su hermana hasta que la situación se aclare.

«Isabelle Brown. Aaron Jones. Nicholas Brown».

Hay un zumbido en mis oídos.

—¿De cuánto estamos hablando? —Finjo sopesarlo.

—Millones, quizá, dependiendo del tiempo que necesiten tus servicios. Podrías terminar con este caso y tomarte un año sabático para recorrer el mundo, Gael; aun así, te sobraría dinero.

«Isabelle Brown. Aaron Jones. Nicholas Brown».

—Acabo de recibir el expediente. Déjame analizarlo y te llamo.

—No hay tiempo, el señor Brown quiere un guardaespaldas esta misma madrugada.

—¿Ahora?

—Ahora.

Me paso la mano por el pelo corto y oscuro. Hay arena en mi garganta, hielo en mis venas y una indecisión punzante.

—Envíame la dirección. Estaré allí apenas termine de leer el informe.

—Eres nuestro muchacho de oro, Gael. Nicholas es de nuestros clientes más importantes, haz quedar bien a la agencia.

Suspiro.

—Como siempre. Descansa, Estella, antes de que empiece a pensar que eres un robot.

Desliza una risa escueta antes de cortar.

Estudio la pantalla del portátil.

«Isabelle Brown, psiquiatra, 27 años, divorciada. Actualmente reside en Londres, tiene su propio consultorio y responde al nombre de Kalie».

Continúo leyendo en zigzag, saltando la información que puedo recitar de memoria, mirando las fotos que acompañan el informe.

«Círculo íntimo: Nicholas Brown (hermano), Madison Ferris (mejor amiga y asistente), Matthew O'Connor (interés amoroso de los últimos seis meses), doctor Francis (su psicoanalista)».

«Situación en revisión». «Posible riesgo de vida». «Solicitud de seguridad las 24 horas».

Suspiro, me levanto y camino mientras intento pensar con claridad.

«Isabelle Brown».

Me acerco al vestidor en busca de un traje, me visto, pongo la *Glock* 17 en la funda de mi cinturón, guardo el teléfono en el bolsillo, apago la computadora, la meto en el maletín y salgo de la habitación. Me detengo frente a su cuarto, abro la puerta despacio, lo observo dormir. Suspiro y entro.

—Tyler. —Acaricio su pelo lacio y sedoso—. Ty, despierta. Campeón, vamos.

Sus ojos claros se abren adormilados.

—Voy a llevarte a casa de la abuela, ¿sí?

Se sienta, restregándose los ojos mientras abro su ropero y busco un abrigo.

—¿Tienes que trabajar otra vez?

—Sí. —Lo ayudo a abrigarse y ponerse los zapatos—. Lo lamento, campeón. Te prometo que haremos lo que quieras cuando termine con este cliente, ¿de acuerdo?

Asiente, se guarda los reproches como lo hace desde que tiene uso de razón. En sus siete años de vida no me reprochó ni una ausencia, y fueron muchas. Es demasiado bueno conmigo, siempre lo fue.

—Vamos.

Lo alzo, a pesar de sus quejas.

—Ya no soy un bebé.

—Mala suerte, siempre serás un bebé para mí.

Quince minutos después estoy acostando a Tyler en la habitación de mi madre.

—¿Este trabajo será como el último? —pregunta mamá cuando cierro la puerta.

El último. El último me dejó una bala en el hombro, otra en la pierna y seis meses de inactividad.

—Todos pueden ser como el último, mamá. Aunque no te guste escucharlo, en eso consiste mi trabajo.

—Casi prefiero los días en que estabas en el ejército... Este trabajo hace que el otro parezca más seguro.

Acaricio su mejilla ligeramente arrugada, observo sus ojos marrones, a tono con su cabello.

—Sé cuidarme, no te preocupes. —Abrazo su pequeño cuerpo como si fuera la última vez, porque puede serlo. Siempre puede ser la última vez, y eso es lo que más me duele al irme—. Requieren mis servicios las veinticuatro horas. Es probable que no pueda venir por Tyler hasta que me den un día libre, pero llamaré todos los días. Mi teléfono está siempre libre para ti, ¿de acuerdo? A toda hora.

Asiente, ya conoce la rutina.

—Cuídate, cariño. Te amo.

—Lo haré, mamá. —Beso su cabeza—. Gracias. También te amo.



Bajo del auto con el maletín y el bolso con ropa y productos de aseo personal que siempre guardo en el baúl para ocasiones como esta. Cruzo la calle, toco el timbre y me anuncio. Cinco minutos y veintiocho segundos después, Nicholas Brown, uno de los políticos y magnates más influyentes del momento, abre la puerta. Esta vez no va acompañado de su equipo de seguridad y eso llama mi atención.

—Señor Brown. —Tiendo mi mano derecha—. Soy Gael Evans, me envía Estella Dufort.

—Excelente —dice, aceptando el saludo con un fuerte apretón pero sin dejarme pasar—. ¿Puedo ver su identificación?

—Por supuesto.

Busco en el bolsillo interno de mi traje negro, saco mi identifica-

ción y mi carné de la agencia. Brown lo observa con detenimiento antes de devolvérmelo.

—Pase.

La recepción es lujosa, pero nada exótico. Subimos al ascensor y marca el sexto piso.

—Evans, necesito que no se despegue de mi hermana hasta que la policía y el MI6 aclaren esta situación —dice, desabrochándose algunos botones de la camisa celeste—. Su rutina es ir del consultorio al departamento, en ocasiones sale a tomar una copa con algún colega o con su amiga, pero no mucho más. Necesito que pise sus talones, no podemos tomar ningún riesgo. Entre al baño con ella si es necesario. ¿Soy claro?

Asiento.

—Entendido, señor.

—Estupendo. —Me mira de reojo, se endereza—. La señora Dufort me dijo que es su mejor hombre, espero que sea cierto.

La puerta se abre y sale. Lo sigo a la vez que escudriño el lugar.

—Es el único departamento ocupado de este piso. Alquilo los demás para que nadie la moleste, pero Isabelle no lo sabe; no me dejaría hacerlo.

Anoto el dato mentalmente.

—El informe menciona que el conserje no tiene conocimiento del paquete que le llegó a la señorita Brown, ¿cómo podemos estar seguros?

—Fue interrogado por la policía hace —mira su carísimo reloj— alrededor de una hora. Creen que dice la verdad y...

—¿Y?

—Isabelle dice que es confiable. Pero, sabrá entenderme, Evans, nadie es confiable ahora mismo. Y espero que usted opine igual que yo y desconfíe hasta de mí.

Alzo una ceja.

—¿Tengo que desconfiar de usted, señor Brown?

—Es una manera figurada de hablar, pero me gusta esa mirada de lobo hambriento, Evans.

Abre la puerta, paso detrás de él y el parloteo se detiene al instante. Todos los ojos están puestos en mí. Escaneo la habitación, poniéndoles nombres a las caras. Agentes de la policía que no logro reconocer,

dos hombres de la seguridad privada de Nicholas, Madison, García e Isabelle. Mi mirada se detiene al toparse con esos ojos verdes, ese cabello que ya no es largo ni negro, sino corto y rubio.

—¿Nick? —dice sin dejar de mirarme—. ¿Quién es... este hombre?

—Kalie, el señor Evans es uno de los mejores hombres de la agencia que se encarga de mi seguridad. Es francotirador, se especializó en secuestros, rescates y...

—¿Estás insinuando que van a secuestrarme?

Permanezco en silencio un minuto más. Solo uno.

—No estoy insinuando nada, estoy asegurando que no voy a tomar ningún riesgo contigo. No voy a permitir que ese hijo de puta o cualquiera de los enfermos de sus seguidores te toque un solo pelo.

La joven Brown cierra los ojos, suspira.

—Nick, puedo quedarme en tu casa hasta que todo se aclare. Esto... ¿Realmente necesito un guardaespaldas?

—Aunque te quedaras conmigo, tendrías a cualquiera de mis hombres vigilándote. Tu seguridad no se discute.

Doy un paso al frente, acercándome al sofá donde Isabelle permanece acurrucada bajo una manta. Extiendo mi mano, la rubia me observa.

—Gael Evans —me presento—. A partir de este momento, doctora Brown, soy su sombra.